

DOS «MATAORES»

Dos «mataores».

No es un cuento lo que voy á escribir; es un *succe-
sio*, como lo titulaba la persona que me refirió el he-
cho; persona seria, aunque mal avenida con la gra-
mática, y hombre de cuya veracidad casi me atrevo á
responder.

La cosa me gustó, porque es una tragi-comedia ver-
daderamente española. De modo que paso á referirse-
la al público con todos sus pelos y señales y valga por
lo que valiere.

*
*
*

Hará próximamente veintiocho ó treinta años del
suceso, y campaba entonces por su respeto, en el
campo de Córdoba, el famoso Pacheco, aquel Pacheco
muerto de un tiro en las calles de la población anda-
luza; un bandido de los que da el terreno, valiente,
generoso, con sus puntas y ribetes de bruvucón, te-
rror de la comarca y usufructuario, por derecho de
baratería, de todos aquellos capitales significados por

un cortijo en la sierra ó una finca en los alrededores de la ciudad.

Treinta años hace de esto, y el mismo tiempo que llegó á Córdoba, por vez primera, uno de los matadores de toros que más aplausos, más fama y más dinero han conquistado en esta patria de los Redondos, Domínguez, *Lagartijos*, *Frascuélos* y *Guerritas*.

Reservo el nombre del matador porque no le he pedido autorización para estamparlo aquí; pero quien haya tenido y tenga afición lo conocerá en cuanto le diga que es el hombre que más se ha *apretao* con los toros de veinticinco años á esta parte.

Llegó á Córdoba el espada, y *Lagartijo* creyóse obligado á darle una comida; comida de toreros, con mucho vino, mucha alegría, su miaja de guitarra, un poco de cante y un cielo de mujeres hermosas, de esas mujeres que Mahoma puso al lado de Dios y llevan en sus venas la sangre de los Abderramanes caldeada por el sol de oro de Andalucía. Claro que la comida se convirtió en juerga, y que, al mediar de la noche salieron de casa del último «califa» cordobés el matador forastero y su cuadrilla, más que medianamente borrachos.

Y borrachos llegaron todos frente á la puerta de un *colmao*, y entraron en él y pidieron unas cañas de vino.

Estaba allí, recostado á la parte de fuera del mos-

trador, un hombre del campo vestido con riqueza, bajo de estatura, ancho de hombros, duro de entrecejo, reservado de actitud y más que encogido de ademanes.

—Eche usted unos vasos *pa tóos* —exclamó el matador.

Sirviólos el tabernero; pidió otros el espada; convidó al campesino, y éste dijo, encarándose con el amo del establecimiento cuando los otros iban á retirarse:

—Convide *osté* á los señores.

—Oiga usted—respondió el espada:—donde hay un *mataor* de toros no paga nadie. Conque, vamos, muchachos.

—El que á mí me convida tiene que aceptar mi convite, respondió el campesino.

—¡Quiá!

—Le digo á *osté* que sí.

—Y yo á usted que no.

—¡Que sí!

—¡Que no!

Y como las cabezas estaban calientes y la sangre española es pronta y rápida para la lucha, adelantóse el espada, levantó la mano, y golpeó con ella la cara del paisano andaluz.

Hízose éste hacia atrás, puso mano en el bolsillo de su chaqueta, indicó un movimiento de avance, se detuvo luego, enarcó el entrecejo, miró al espada con

serenos ojos, dijo: «Está bien», y se plantó en la calle.

—¿Qué ha hecho usted?—gritó el tabernero.—¿Sabe usted quién es el hombre á quien acaba de abofetear?

—¿Quién?

—¡Pacheco!

«Tóo el vino que llevaba en la cabeza se me bajó á los pies»—aseguran que exclamó el valiente espada: ¡Pacheco!... ¡Como quien dice, la Extremaunción!

Y comprendiendo que se había metido en una mala faena, salió á la calle poco menos que custodiado por los hombres de su cuadrilla.

Él vendrá á buscarme—dijo á sus picadores y banderilleros.—Cuando venga, avisadme.

Y con la intranquilidad consiguiente, á golpear á un *guapo*, terror de Córdoba, y obligado por las necesidades de su oficio á ser *guapo* siempre, esperó el matador sentado en una silla, sin decidirse á meterse en la cama.

Apenas había dado tres cabezadas sobre la silla, cuando entró uno de sus banderilleros, gritándole, todo lo bajo que en voz baja se puede gritar:

—¡Ahí está ese!

Y entró Pacheco.

—¿Osté me conoce?—preguntó el bandido al espada.

—No tenía ese gusto—respondió éste.

—Pues yo me llamo Pacheco, y vivo de matar hom-

bres como *osté* vive de matar toros; si la gente sabe que *osté* me ha *dao* una *bofetá* sin que yo le mate, estoy *perdío*. Conque tengo que matarlo á *osté* y vengo á eso.

—Pero, hombre...

—*Náa*, que no hay otra cosa que hacer; pero como yo tengo oído que *osté* es un *mataor* de toros *mu güeno* y he *entrao* en Córdoba jugándome la cabeza *pa* verlo á *osté* matar, mañana lo veo yo *matá* á *osté* y *aluego* lo mato.

—Pero...

—¡No hay pero! Hasta la vista.

Salió Pacheco; esperó el matador la hora de la corrida; vistióse de mala gana, y deseoso de remediarse su mal paso con aquel bandido, llegó á la plaza.

—¿Está ahí ese tío?—le preguntó á su banderillero de confianza.

—Sí; en esa barrera de sol—le contestó el banderillero.

Y en efecto, en una barrera de sol, con un pañuelo de seda al cuello, estaba Pacheco.

—Córreme el toro *pa* él—dijo el matador cuando le llegó la hora de matar;—voy á ver si por *mataor* de toros me evito la pelea con ese *mataor* de hombres.

Y como él sabía, como no ha sabido hacerlo nadie después de él, se ciñó con el toro, lo cuadró, levantó los ojos hacia Pacheco, le dijo: «¡Vaya por usted!» y

se dejó caer con un volapié hasta la mano. El toro rodó hecho polvo á sus plantas, mientras la plaza entera estallaba en aplausos.

—*¡Olé!*—gritó Pacheco; y arrojó su pañuelo al torero.

Fué éste á recogerlo, creyendo que había ganado la pelea, y Pacheco le dijo con sorna:

—*Aluego* iré por él.

Y fué; y dicen que le dijo al espada:

—Es *osté* un gran torero; le perdono á *osté* la *bofetá*; á *osté*, que es un hombre *pa* las fieras, no lo *pué* *matá* quien, como yo, es una fiera *pa* los hombres.

LAS PERLAS NEGRAS

Las perlas negras.

(CUENTO DE NIÑOS)

Hace mucho tiempo de esto, hijos míos; vuestros abuelos tenían, como lo tiene ahora mi padre, el pelo manchado de canas... mucho tiempo, y había entonces un país que tal vez haya desaparecido del mapa, que tal vez exista, porque su nombre se ha borrado de mi memoria, como se han borrado de mi corazón las ilusiones; las ilusiones, unas señoritas á quienes acariciaréis con deleite cuando tengáis veinte años y de las que maldeciréis á los treinta. Ya os proporcionará el destino la mala ventura de tratarlas.

Pues bien: en tal país, perfectamente paradisiaco por su inocencia, en lo que respectaba al conocimiento de las piedras preciosas, vivían á gusto y metiéndose un dineral en la bolsa de sus caudales, varios distinguidos alfareros, tan hábiles para dar cédula de ceilandeses á los productos contrahechos de su industria, como cuidadosos de que las víctimas de su rapiña si-

guieran en el error y en la ignorancia á que desde tiempo inmemorial las tenían acostumbradas.

Escuso deciros si, amparados en la candidez de sus compradores, realizarían los tales mercaderes pingües y seguras ganancias. Baste decir que cuál más, cuál menos, tenía su renta y su crédito, y así pasaban los aljófares por perlas en aquel país, como pasa un pedazo de madera por Dios en las tribus salvajes.

Esta es la vida, hijos; el habil explota al cándido hasta que le deja en los huesos, y cuando el cándido se entera se declara escamón pletórico, y desconfía de las gentes honradas que son las únicas que le dan la mano compadecidas de él.

Pues bien; á tal país, y suponiendo, con buen acuerdo al parecer, que donde no había perlas naturales haría un gran negocio el que las llevase, llegó un joven comerciante poseedor de un saco de perlas negras, iguales, transparentes, verdadero prodigio de la naturaleza, regalo espléndido hecho á los hombres por el mar, á cambio, sin duda, de las jugarretas con que le obsequia de vez en cuando.

Cuando el mozo presentó en el mercado las perlas, los otros comerciantes, inteligentes en el oficio, no pudieron reprimir un grito de asombro; pero el asombro y la admiración duran poco entre negociantes, especialmente cuando ven comprometido su negocio.

La presencia de aquellas perlas era la muerte de su

industria; ¿cómo iban á competir ellos, artífices vulgares, imitadores despreciables, con aquel mozo que traía la obra misma de la naturaleza en un estuche de su propiedad? ¡Imposible! ¡Estaban perdidos si los habitantes de la población se enteraban del hecho y comprendían que habían estado pagando como joyas baratijas de á real y medio.

¿Cómo evitar el golpe? Sólo había un medio: negar la legitimidad de las perlas negras, declararlas falsas, proclamar al joven comerciante estafador indigno de todo linaje de consideraciones, y declarar en pleno jurado que las únicas perlas positivas, insustituibles y auténticas, eran las que vendían ellos.

Y así ocurrió; y como los habitantes de la ciudad estaban en ayunas respecto de la riqueza y valor positivos de las piedras preciosas, pasaron por el fallo de los comerciantes, despreciaron, insultaron y punto menos que apalearon al joven vendedor, el cual se murió de hambre con toda su riqueza, heredada por una pobre-cilla mujer, que sin meterse en averiguaciones comerciales, había estado y siguió estando muy enamorada de aquel infeliz.

Enterraron al mozo de limosna, lo echaron en la fosa común de un cementerio, y pasó el tiempo y nadie se acordaba ya de él, cuando llegó al país de referencia un personaje del mismo, hombre de gran prestigio, honrado además, que había viajado mucho, visto lo

que el mundo tiene que ver, ajeno á la envidia y dispuesto por su posición y por su carácter á decirle cuatro verdades al lucero del alba.

Llegó á la ciudad, tuvo ocasión de conocer á la poseedora de las perlas, hizose cargo de la historia, y al día siguiente se disparó contra los aljofareros, probándoles que eran ellos los estafadores y demostrando al país todo que se había cometido una infamia con el pobre muerto.

Faltó poco para que la multitud arrepentida levantara una estatua al cadáver, y si los cadáveres sienten, ¡qué satisfacción para aquel hombre muerto de hambre! ¡Un elogio póstumo! ¡Buena reparación para un puñado de huesos á medio podrir!...

*
* *

Este es, niños, el cuento de las perlas negras.

Oid la moraleja: Si llegáis á hombres, y en cualquier orden, en cualquiera esfera de la vida, os veis poseedores de un puñado de perlas negras, no se os ocurra presentarlas ante un mercado de aljofareros y de ignorantes.

LA EPOPEYA DE UNA ZÍNGARA

La epopeya de una zingara.

El sol caía á plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra; he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos de sol.

Tarde calurosa de Agosto que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno que abrasaba la atmósfera, asfixián-

dose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio. El niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios para extraer el jugo que generosamente le ofrecía.

La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándole prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa. La pobre criatura pudo ser bella; pero de

su belleza no quedaba más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo entre ellos doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor de edad, de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulsos de internos dolores y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de zingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, donde no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la

habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

* * *

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La zingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres?—murmuró, dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed... me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia; y ella, su madre, no podía prestársele; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo; en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario; los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada, no encontró nada! Aquella tierra sedienta parecía decir á la zingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: «¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!» Y la zingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡No puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío!...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto, la zingara sonrió, con una sonrisa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta

de un peón caminero: su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afares fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vueltas á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto; pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia al cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido; la zingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó la distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la zingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La zingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto, el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca y cayó de espaldas. Los dedos de la zingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la zingara no hizo caso; dió con el pie al cadá-

ver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriantada por los rayos del sol, acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua: ¡bebe, hijo mío!

LOS VALIENTES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Los valientes.

Hace mucho tiempo, cuando yo era muchacho, andaba por Madrid un caballero de treinta años, vestido de negro, con levita larga y sombrero de copa. Alto, anguloso, de nariz corva, ojos pequeños y bigote áspero y retorcido, recordaba por su talante á D. Quijote, y por lo fúnebre de su indumentaria á un viudo reciente; y viudo era, viudo de felicidad, de amor y de fortuna; desheredado por sí mismo de un caudal cuantioso que sus padres le regalaron al morir; víctima de los desdenes de una mujer, y capaz por la desesperación de su alma, por el aislamiento de su existencia y por las angustias de su peculio, de todo linaje de locuras y de arrebatos.

Había nacido en Aragón, en la capital de los amantes, y en la época á que mi relato se refiere, vivía en Madrid, peleando cuerpo á cuerpo con la miseria; vivía al final de la calle de Embajadores con una mujer de vida alegre, que estaba completamente enamorada de aquel excéptico trajeado de luto.

Con aquella mujer modesta, pero señorialmente ves-

tida, había salido cierta noche del teatro el héroe de estos apuntes, á quien, por darle un nombre, llamaré Diego, y ya llegaban á la puerta de su domicilio, cuando la moza dijo á su acompañante:

—¡Demonio de olvido!... No me he acordado de decirte que tenía ganas de tomar cualquier cosa; y el caso es que arriba no hay nada dispuesto.

—¿Y eso qué?—le contestó Diego.—No te quedarás sin cenar si tal es tu gusto. Aún tengo siete ú ocho pesetas en el bolsillo; la taberna del Barranco está abierta y un par de huevos los frien en todas partes. Conque vamos allí.

—¡Allí!—dijo la muchacha.—¡Yo con este sombrero y tú de *chistera* y levita!... ¡Cualquiera va á ese sitio!

—¿Por qué?

—Por la gente que se reúne en él.

—¿Y qué gente es esa?

—Chulos, matones de oficio; lo peor del barrio.

—¿Qué importa? No ocurrirá nada; á quien no se mete con nadie, nadie le molesta.

—Pero...

—He dicho que vamos. Estate tranquila, no ocurrirá nada.

Sabía ella de sobra que cuando á Diego se le metía una cosa en la cabeza era preciso obedecerle, y echó á andar sin responder palabra.

*
* *

Una habitación oscura, baja de techo, de paredes ahumadas y recinto angosto, con un mostrador enfrente de la puerta, y cuatro ó cinco veladores de pino, con taburetes de la misma madera alrededor de los veladores; tal era la taberna donde entraron Diego y su querida.

Detrás del mostrador encontrábase un tabernero ancho de hombros, fornido, con cara de pocas fiestas, remangado de brazos y con un delantal verde con rayas negras ceñido á la cintura. En torno de uno de los veladores, que ocupaba el centro de la habitación, estaban sentados hasta cinco ó seis hombres, de quienes la cara del mejor encarado era una sentencia de presidio con accesorias y costas.

No hay que decir el gesto de asombro y de burla que pondrían aquellos respetables hampones al ver entrar por la puerta adelante á una señorita con *gorro* y á un señor con *bimba*; el mismo tabernero no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—Fría usted un par de huevos y un poco de carne, y traiga una botella de vino—dijo Diego al amo de la taberna, mientras tomaba asiento con su querida frente á uno de los veladores.

Metióse el tabernero en la cocina: hubo un rum rum entre los socios del distinguido establecimiento, y en cuanto el dueño de la casa sirvió la cena, diéronse los parroquianos á mofarse en voz alta de los recién venidos.

—Oye—decía uno de ellos encarándose con el más próximo,—¿por qué no le compras á la Isidra un gorro como ese?

—Porque tendría que comprarme una chimenea como la que se ha encasquetado aquel señor—respondía el otro.

La querida de Diego estaba en ascuas.

—Vámonos, Diego—murmuró por lo bajo.

—Calla y come—le respondió este.

Viendo los guapos que las cuchufletas no surtían efecto, determinaron pasar á las obras, y comenzaron la faena tirando migajas de pan á la mesa donde cenaban los señoritos.

—Tenias razón—exclamó Diego hablando en voz baja á la mujer. Esta gente quiere provocar un disgusto. Voy á pagar y nos iremos. ¡Qué necesidad tengo yo de cuestiones!

Y cuando se disponía á echar mano al bolsillo de su chaleco, un pedazo de pan, medio panecillo, dió de golpe en el sombrero de la mujer.

Diego se puso más blanco que la cera, hizo un ademán de silencio á la muchacha, apartó la mesa y se dirigió á la que ocupaban los desatentos provocadores.

—¿Quién es el más valiente de ustedes?—preguntó Diego, encarándose con la selecta reunión.

—¡Bah! para usted, cualquiera—respondió uno de ellos.

—Se equivoca usted—repuso Diego;—yo necesito al más valiente.

—Pues para usted, cualquiera—contestó el otro.—Pero, en fin, puesto que yo he tirado el panecillo, yo.

—¿Usted?

—Yo.

Diego extendió la mano izquierda, la puso encima de la mesa de madera, sacó con la derecha un puñal de Albacete, clavó con él su mano izquierda sobre el velador, y empuñando luego una navaja de cortas dimensiones, que abrió con los dientes, gritó en la cara de su contrincante:

—Los valientes pelean así. Ande usted.

Y mientras los valientes salían de la taberna como lobos que huyen al oír el ahullido ronco del mastín, Diego, arrancándose el puñal de la herida, exclamó con acento sereno y dirigiéndose á la mujer, que le miraba con espanto:

—Ya te había dicho que no iba á ocurrir nada.